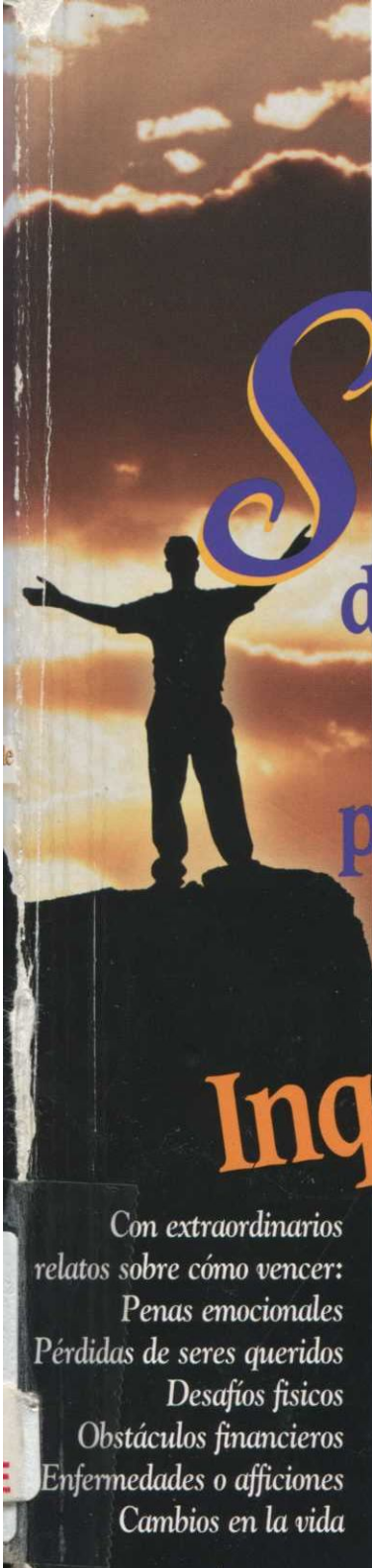


#1 New York Times
ESCRITORES MÁS EXITOSOS

Jack Canfield
Mark Victor Hansen
Heather McNamara



Sopa
de Sollo
para el Alma
Inquebrantable

Con extraordinarios
relatos sobre cómo vencer:
Penas emocionales
Pérdidas de seres queridos
Desafíos físicos
Obstáculos financieros
Enfermedades o aficciones
Cambios en la vida

Relatos que inspiran
para vencer los desafíos
de la vida

SOPA DE POLLO PARA EL ALMA INQUEBRANTABLE

**Relatos que inspiran para
vencer los desafíos de la vida**

Jack Canfield Mark
Víctor Hansen Heather
McNamara

QHO
Español

Un sello de Health
Communications, Inc.
Deerfield Beach, Florida

www.hcibooks.com
www.chickensoup.com

Lo que la gente dice sobre
Sopa de pollo para el alma inquebrantable...

"Se trata de un libro inteligente en el cual se deja bien claro que ningún obstáculo en la vida es tan poderoso como para que un carácter fuerte, un corazón valeroso y un buen sentido del humor no lo puedan vencer."

Eunice Shriver

Fundadora de las Olimpiadas Especiales y vice-presidenta
ejecutiva de la Fundación Joseph P. Kennedy Jr.

"Se sabe que nada es más importante que la persistencia y la
perseverancia. *El alma inquebrantable* es una lectura emotiva."

James Redfield Autor de *The
Celestine Prophecy*

"Somos muchos los que atiborramos nuestro cuerpo pero
matamos de hambre a nuestra alma. Ahora, directo de la cocina
de Dios llega *Sopa de pollo para el alma inquebrantable*. Lo
recomiendo ante todo para quienes han aprendido que no po-
demos vivir sólo de pan."

Jack Anderson
Corresponsal de noticias

"Con los maravillosos relatos de *Sopa de pollo para el alma* se
me ha facilitado mucho la búsqueda de ejemplos edificantes,
desafiantes y que sirvan de inspiración para el sermón do-
minical. La congregación siempre quiere saber la fuente de los
relatos. Estas narraciones de la vida real son un gran estímulo
para las almas hambrientas."

Dennis G. Wood
Presidente de Purpose Ministries

"Mis sueños se frustraron a los 18 años de edad, cuando me
quedé totalmente paralítico por la polio. Con el tiempo mis
sueños se hicieron realidad gracias al estímulo de personas
como las de *Sopa de pollo para el alma inquebrantable*."

Dan Miller
Conferencista motivacional y autor de *Living, Laughing
and Loving Life!*

"*Sopa de pollo para el alma inquebrantable* es una maravillosa
recopilación de relatos inspiradores que le enseñan a uno cómo
lograr que su vida sea provechosa al creer en sí mismo, en la
grandeza de la gente y en la bondad de Dios."

Ruth Stafford Peale Presidenta de
Guideposts, Inc.

"Todos los relatos de *Sopa de pollo para el alma inquebrantable* se
leen con entusiasmo, se reflexionan en calma y se usan mucho,
un verdadero logro que reafirma la vida."

Rabino Earl A. Grollman, DHC, Doctor en Teología
Autor de *Living When a Loved One Has Died*

"*Sopa de pollo para el alma inquebrantable* es una recopilación de
narraciones cortas que inspiran, conmueven y son
profundamente significativas. Estas anécdotas proporcionan
ejemplos del indomable espíritu humano. Abra su corazón con
este libro y su vida se verá enriquecida por siempre."

Doctor Nilufer P. Medora Profesor de estudios sobre la familia
y desarrollo infantil

"Gracias por *Sopa de pollo para el alma inquebrantable*. Todos pasamos tarde o temprano por momentos difíciles. Este libro muestra cómo otros salieron adelante y cómo uno puede salir también."

Harold H. LeCrone Jr., doctor en filosofía
Psicólogo y autor de *Striking Out at Stress*

"Los relatos de *Sopa de pollo para el alma inquebrantable* son increíbles. La gente necesita una dieta bien equilibrada, y este extraordinario libro de *Sopa de pollo* cubre al máximo dicho requerimiento."

Ronnie Marroquin
Presidente de Rutherford Publishing, Inc.

"Aquí tenemos un libro que puede proporcionar esperanza a quienes buscan esperanza, valor a quienes necesitan valor y una nueva visión y comprensión respecto a cómo vivir al máximo cada día."

Venita VanCaspel Harris
Autora de *Money Dynamics for the 1990s*, y fundadora de
Van Caspel & Company, Inc.

DERECHOS RESERVADOS

Título original: CHICKEN SOUP FOR THE UNSINKABLE SOUL © 1999

Jack Canfield and Mark Victor Hansen ISBN 0-7573-0171-1

Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación de datos o la distribución de su contenido por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, visual, sonoro o de cualquier otra índole, sin la autorización de la casa editora.

HCI Español, sus Logos y Marcas son marcas registradas de Health Communications, Inc.

Editor: HCI Español

Un sello de Health Communications, Inc. 3201
S.W. 15th Street Deerfield Beach, FL 33442-8190

Diseño de la portada por Lisa Camp

Diseño del interior del libro por Lawna Patterson Oldfield

Contenido

Agradecimientos.....	XI
Comparta con nosotros	XV
Introducción.....	XVII

1. AFRONTAR EL RETO

El mejor regalo de mi madre <i>Mane Ragghianti</i>	2
El gato más feo del mundo <i>Penny Porter</i>	8
Soldaditos <i>Rachel Berry</i>	14
La travesía que me arrancó del silencio <i>William L. Rush</i>	18
El vuelo del cola-roja <i>Penny Porter</i>	22
<i>Albert Magi Hart</i>	32
El caballo bailarín <i>Lori Bledsoe, como se lo narró a Rhonda Reese</i>	34
Los diez puntos de Tina <i>Tom Krause</i>	40
No desistas <i>Clinton Howell</i>	42
Toca el tambor <i>Carol Barre</i>	43
La carta <i>Julane DeBoer, como se lo narró a Bill Holton</i>	47
Sólo haz lo que puedas <i>D'ette Corona</i>	51

2. VIVIR LOS SUEÑOS

Arriesgúese a ejercitar la imaginación <i>Marilyn King, como se lo narró a Carol Kline</i>	54
La niña que se atrevió a desear <i>Alan D. Shultz</i>	57
Perseverancia <i>Anne Stortz</i>	60
Nunca te des por vencido <i>fason Morin</i>	61
Cómo ser nuevo y diferente <i>Patricia Lorenz</i>	64

3. EL PODER DEL AMOR

No hay amor más grande <i>Coronel John W. Mansur</i>	72
Dharma <i>Deborah Tyler Blais</i>	74
Querido Jesse <i>Paula Bachleda Koskey</i>	79

La otra madre <i>Diane Payne</i>	82
Lavar osos de peluche <i>Jean Bole</i>	85
Amar tanto <i>Cynthia M. Hamond</i>	88
El ángel que jugaba a buscar y traer <i>Susan McElroy</i>	91
Ben <i>Terry Boisot</i>	96
Un niño muy especial venido del cielo <i>John y</i> <i>Edna Massimilla</i>	99
Flores de lavanda <i>Charles A. Hart</i>	101

4. EL PODER DEL APOYO

La conexión Ludenschide <i>Penny Porter</i>	108
El día que por fin lloré <i>Meg HUI</i>	114
El sonido de una mano aplaudiendo <i>Titn Hansel</i>	117
La alegría de ser útil <i>Phillip Gulley</i>	118
El escritor <i>Willy McNamara</i>	121
Tzippie <i>Ruchoma Shain</i>	123
La visita de mamá <i>Victoria Robinson</i>	126
Margaret de Nueva Orleans <i>Sara Cone Bryant</i>	131
Constructor de puentes <i>Will Alien Dromgoole</i>	134
La cinta amarilla <i>Nikki Willett</i>	136
Y, y, y <i>Robin L. Silverman</i>	139

5. INTUICIONES Y LECCIONES

El día en la playa <i>Arthur Gordon</i>	144
Una lección con las imágenes que pintan las nubes <i>Joyce A. Harvey</i>	150
Anhelos sensorial <i>Deborah E. HUI</i>	153
El regalo de cumpleaños <i>Mavis Burton Ferguson</i>	155
La señora George <i>William L. Rush</i>	157
Un tazón de humildad <i>Linda LaRocque</i>	161
Viento bajo mis alas <i>Karyl Chastain Beal</i>	164
Aflicción <i>Abraham Lincoln</i>	169
Cómo lo asimilé <i>Mike Cottrill, como se lo narró a</i> <i>Bill Holton</i>	170
Como yo <i>Emily Perl Kingsley</i>	174

6. SOBRE EL VALOR Y LA DETERMINACIÓN

La voz de la víctima <i>Richard Jerome</i>	179
¿Barreras u obstáculos? <i>Irvine Johnston</i>	184
Un tributo al valor <i>Victoria Robinson</i>	186
Riley <i>Jeffrey Weinstein</i>	190
Usted también puede vencer la adversidad y ser un ganador <i>Abigail Van Burén</i>	193
Superman aprende a andar en bicicleta <i>Robert Tate Miller</i>	195

El consejo de un padre <i>Christopher de Vinck</i>	198
Visión desde las alturas <i>Erik Weihenmayer</i>	201
Oda a los campeones <i>Tom Krause</i>	207
Una solicitud creativa <i>The Best of Bits & Pieces</i>	208
Nunca diga: "renuncio" <i>Bob Hoppenstedt</i>	209
Lucha y victoria <i>Lila Jones Cathey</i>	215
Madres de niños discapacitados <i>Erma Bombeck</i>	221

VIII

CONTENIDO

7. SOBRE LA ACTITUD

Ganador del tercer lugar <i>Bettie B. Youngs</i>	224
Los retadores del béisbol <i>Darrell J. Burnett</i>	227
No te preocupes, sé feliz <i>Mindy Pollack-Fusi</i>	231
El velorio <i>Melva Haggard Dye</i>	236
El poder del perdón <i>Chris Carrier</i>	240
Feliz cumpleaños <i>Willanne Ackerman</i>	243
Modales <i>Paul Karrer</i>	246
Nacida para vivir, nacida para amar <i>Eileen Goltz</i>	247
Modales en la mesa <i>Adele Francés</i>	250
Espejo, espejo en la pared <i>Karen Klosterman</i>	254

8. UNA CUESTIÓN DE PERSPECTIVA

Willy el grandote <i>Nancy Bouchard</i>	258
Sólo estoy jugando <i>Anita Wadley</i>	260
El cántaro agrietado <i>Willy McNamara</i>	262
Una bandada de gansos <i>Fred Lloyd Cochran</i>	264
Un paseo en trineo <i>Robín L. Silverman</i>	266
La colina <i>Betty J. Reid</i>	269
El punto intermedio <i>Dennis J. Alexander</i>	271
Platico conmigo <i>Phil Colburn</i>	275
Ilusiones que obstaculizan <i>Heidi Marotz</i>	277
Mi nuevo par de ruedas <i>Darlene Uggen</i>	280
¿Qué debo temer? <i>David L. Weatherford</i>	282

9. SABIDURÍA ECLÉCTICA

¿Qué tiene tu papá? <i>Carol Darnell</i>	286
Cíclope nos robó el corazón <i>Penny Porter</i>	289
Un acto de fe <i>Walter W. Meade</i>	294
El globo de Benny <i>Michael Cody</i>	299

Uno, Dos, Tres <i>Henry Cuyler Bunner</i>	300
Las manos de mamá <i>Janie Emaus</i>	302
El juego <i>Christa Holder Ocker</i>	305
Picaros ocasos <i>Milly VanDerpool</i>	309
Dos hermanos <i>Willanne Ackerman</i>	313
¿Más sopa de pollo?	315
Apoyo para nuestros semejantes.....	317
¿Quién es Jack Canfield?.....	319
¿Quién es Mark Victor Hansen?.....	321
¿Quién es Heather McNamara?.....	322
Colaboradores	324
Permisos.....	340

Agradecimientos

Requerimos más de tres años para escribir, recopilar y editar *Sopa de pollo para el alma inquebrantable*. Ha sido una tarea regocijante, aunque a menudo difícil, y quisiéramos dar las gracias a las siguientes personas, cuyas contribuciones lo hicieron posible.

A nuestros compañeros de vida, Inga, Patty y Rick, así como a nuestros hijos, Christopher, Oran, Kyie, Elisabeth y Melanie, quienes nos brindaron su apoyo por meses a lo largo del proceso de recopilar este libro.

A Georgia Noble, por ser una persona tan bella y por compartir tu corazón con nosotros.

A Patty Aubery, quien siempre nos respondió cuando la necesitamos, y por mantener en pie y funcionando la oficina central de *Chicleen Soup for the Soul* en medio de lo que siempre parece un tornado de actividad.

A Nancy Autio, amiga nuestra, te agradecemos tu in-valuable retroalimentación y tu impecable trabajo en la investigación y obtención de permisos.

A Katy McNamara-Abatemarco, quien leyó muchos de los relatos e ideó los títulos que mejor definirían los que se incluyeron en este libro.

A Cristi Leahs, quien realizó un extraordinario trabajo en la lectura e investigación de relatos. Apreciamos profundamente tu apoyo, amistad y amable atención a este proyecto.

A Leslie Forbes, por un trabajo extraordinario al iniciar el proceso de los permisos y ayudar cuando y donde se le necesitara. A D'ette Corona, una nueva adquisición de Chicken Soup Enterprises, por involucrarse al final de este proyecto y hacer lo que pudiera por ayudar.

A Peter Vegso, de Health Communications, Inc., por su persistente visión respecto a la dirección y valor de los libros *Sopa de pollo*, y por su incansable apoyo para hacer llegar estos relatos a gente de todo el mundo.

A Verónica Valenzuela, Robin Yerian, Lisa Williams, Laurie Hartman y Deborah Hatchell por su labor para asegurar que todo funcionara bien durante la producción de este libro.

A Rosalie Miller, quien logró que toda la comunicación fluyera con eficiencia a lo largo de este proyecto, al mismo tiempo que triunfaba sobre sus propios obstáculos.

A Teresa Esparza, quien coordinó de manera brillante todas las conferencias, viajes y apariciones en radio y televisión de Jack durante este periodo.

A Christine Belleris, Matthew Diener, Lisa Drucker y Allison Janse, nuestros editores en Health Communications, Inc., por lograr que este libro alcanzara su elevado grado de excelencia. Ustedes han otorgado un enorme valor a la serie *Sopa de pollo*.

Asimismo les damos las gracias porque nunca vacilaron en el departamento de apoyo.

A Erica y Maryanne Orloff, Ann Reeves y Eric Wing por su brillante trabajo en la edición e interés en los relatos de este libro.

A Randee Feldman, director de *Sopa de pollo para el alma* en Health Communications, Inc., por su experta coordinación y apoyo a todos los proyectos de *Sopa de pollo*.

A Terry Burke y el equipo de ventas, a Kelly Maragni y el equipo de comercialización de Health Communications, Inc., por sus magníficos esfuerzos de venta y comercialización.

A Lisa Camp de Health Communications, Inc., por ser tan paciente al trabajar con nosotros y por su cooperación en el diseño de la portada de este libro. A Lawna Oldfield y Dawn Grove por la excelente tipografía del libro.

Asimismo, queremos mostrar nuestro agradecimiento a las siguientes personas que llevaron a cabo la monumental tarea de leer el manuscrito preliminar del libro, nos ayudaron a hacer la selección final e hicieron comentarios invaluable para mejorar el libro: Tamy Aberson, Willanne Ackerman, Jerry Acuña, Fred Angelis, Nancy Autio, Christine Belleris, Bonnie Block, Nora Bridges, Julie Brookhart, Dave y Marsha Carruthers, Diana Chapman,

Linda Rohland Day, Mary Jane West Delgado, Eldon Edwards, Nancy Richard Guilford, Elinor Hall, Sandra Hutchins, Allison Janse, Bettie Kapiloff, Robin Kotok, Tom Krause, Lillian Lamb, Cristi Leahs, Audrey Lohr, Barbara LoMonaco, Robert MacPhee, Danny y Laura McNamara, Joan McVittie, Suzanne Ohler, Judie Sinclair, Milly VanDerpool, Danene Van Hecker y Dottie Walters.

A los más de cinco mil suscriptores de "Daily Soup" que respondieron con sugerencias maravillosas a nuestra solicitud de un título. ¡Todos ustedes constituyeron una parte integral para decidir el título de este libro!

A los coautores de *Sopa de pollo*: Patty y Jeff Aubery, Nancy Autio, Marty Becker, Dan Clark, Tim Clauss, Barbara De Angelis, Mark y Chrissy Donnelly, Irene Dunlap, Patty Hansen, Jennifer Read Hawthorne, Kimberly Kirberger, Carol Kline, Hanoch y Meladee McCarty, Maida Rogerson, Martin Rutte, Marci Shimoff y Barry Spilchuk.

A Larry y Linda Price, quienes además de mantener operando adecuadamente la Fundación para la Autoestima de Jack continúan dirigiendo el proyecto de Cocinas de Sopa para el Alma, que distribuyen cada año miles de ejemplares gratuitos de *Sopa de pollo para el alma* entre prisioneros, instituciones de rehabilitación, albergues para personas sin hogar, albergues para mujeres maltratadas y en escuelas de centros urbanos densamente poblados.

A Kim Weiss, magnífica persona, excelente publicista y un gran amigo. Y a su diligente y consciente equipo, Larry Getlen y Ronni O'Brien.

A Rick Frischman de Planned Televisión Arts y Newmann Communications, quien sigue ayudándonos a mantener nuestros libros en las listas de libros más vendidos.

A Claude Choquette y Tom Sand, quienes logran que año tras año todos nuestros libros se traduzcan a más de veinte idiomas en todo el mundo.

Asimismo, queremos dar las gracias a las más de ocho mil personas que se dieron tiempo para enviar relatos,

poemas y otras piezas para su consideración. Todos ustedes saben quiénes son. Aunque muchos de los relatos enviados fueron maravillosos, no todos encajaban en la estructura general del libro. No obstante, muchos serán utilizados en volúmenes posteriores de la serie *Sopa de pollo para el alma*.

Debido a la magnitud de este proyecto, es probable que hayamos omitido nombres de personas que nos ayudaron a lo largo del camino. En tal caso lo lamentamos. Por favor queremos que sepan que de verdad los apreciamos a todos.

Estamos infinitamente agradecidos con todas las manos y corazones que hicieron posible este libro. ¡Los amamos a todos!

Comparta con nosotros

Nos encantará escuchar sus comentarios sobre este libro. Por favor, háganos saber cuáles fueron sus relatos favoritos y cómo afectaron su vida. Díganos si quiere ver más o menos de algo en el siguiente libro, y por favor coméntenos si algún relato dio como resultado que usted cambiara de algún modo.

Asimismo, le invitamos a que nos envíe relatos en inglés que le gustaría ver publicados en futuras ediciones de *Sopa de pollo para el alma inquebrantable*. Nos puede enviar relatos, poemas y tiras cómicas que usted haya escrito o que haya leído en periódicos, boletines de noticias, revistas, pizarrones informativos o en cualquier otro lugar.

Creemos que el siguiente libro será incluso mejor porque serán muchos más los que lo conozcan y someterán sus relatos a consideración.

Escríbanos y envíe sus propuestas a:

Chicken Soup for the Unsinkable Soul P.O.
Box 30880-U Santa Barbara, CA 93130
fax: 805-563-2945

También puede enviar su relato o un correo electrónico visitando nuestra página Web en: www.chickensoup.com.

Introducción

Alma inquebrantable. Persona tan firme que afronta los retos con esperanza, humor y corazón. Persona que no se quebranta o doblega. Vea perseverancia. Vea tenacidad. Vea también victoria.

Desde que se publicó el primer libro de *Sopa de pollo para el alma*, los lectores han insistido en que su capítulo favorito es "Cómo vencer los obstáculos".

No es de sorprender, ya que todos afrontamos obstáculos: algunos son pequeños contratiempos que nos pueden hacer tropezar por un rato hasta que nos levantamos de nuevo; otros aparecen como nubes de mal agüero que hacen que hasta el alma más valiente busque protección. La manera como uno afronta estos obstáculos determina el curso de su vida; si vivirá con temor e ira, o con aceptación y alegría.

Recopilamos *Sopa de pollo para el alma inquebrantable* para ayudar a los lectores a vencer los obstáculos en su vida diaria, ya sea que afronten una pérdida emocional, luchen contra una enfermedad, experimenten los altibajos de alcanzar el sueño de toda su vida o que estén tratando de ser mejores personas.

Desde lo cómico hasta lo heroico, desde lo extraordinario hasta lo cotidiano, todos los relatos enfatizan la victoria sobre la adversidad. Por ejemplo, usted compartirá el triunfo de un osado escalador que subió a uno de los montes más desafiantes del mundo a pesar de ser ciego; de una mujer madura que se inició en una nueva carrera profesional y se transformó en una columnista premiada; de una niña con problemas de tartamudeo que recuperó su voz en un festival escolar; y de una joven madre que de un momento a otro quedó paralítica, pero que prefirió buscar lo positivo y desechar la compasión.

Con cada cambio de página, en capítulos como "Afrontar el reto" y "Vivir los sueños", se sorprenderá de cómo hay quienes se han arriesgado y conservado su fe aunque otros les dijeran: "¡No se puede!"

Los capítulos "Sobre la actitud" y "Una cuestión de perspectiva", le enseñarán a ver la vida a través de los ojos de la esperanza, a ver un contratiempo como un posible escalón hacia algo grandioso, y a apreciar las cosas que uno tiene.

Comprenderá el inapreciable valor del apoyo incondicional al leer El poder del amor y El poder del apoyo. Esperamos que estos relatos lo animen a recurrir a sus semejantes cuando necesite ayuda y a abrir su corazón a quien necesite una mano amiga.

Y por último, Sabiduría ecléctica comprueba que muchas veces los obstáculos son nuestros mejores maestros: iluminan nuestra fortaleza, nos recuerdan las áreas que necesitamos mejorar, nos enseñan a tener fe en nosotros mismos y nos obligan a aceptar cosas que están más allá de nuestro control.

Le ofrecemos este libro como un obsequio y esperamos que para usted sea un instrumento de fortaleza y un constante recordatorio de que usted *tiene* el poder de alcanzar sus sueños.

1

AFRONTAR EL RETO

Un barco en puerto está seguro, pero no es para eso para lo que se construyen los barcos.

Grace Hopper

2

SOPA DE POLLO PARA EL ALMA INQUEBRANTABLE

El mejor regalo de mi madre

optimismo es un alegre concepto mental que le permite a una tetera silbar, aunque el agua hirviendo le llegue hasta la nariz.

Anónimo

Tenía yo diez años cuando un tumor en la columna vertebral dejó paralítica a mi madre. Antes de eso, había sido una mujer vibrante y llena de vida, activa al grado de que mucha gente lo consideraba insólito. Incluso siendo yo muy pequeña, me impresionaban sus logros y belleza. Pero a los 31 años su vida cambió, al igual que la mía.

De la noche a la mañana, así nos pareció, quedó confinada a una cama de hospital. Un tumor benigno la había dejado incapacitada, aunque yo era demasiado joven para comprender la ironía de la palabra "benigno", ya que ella nunca volvería a ser la misma.

Todavía tengo imágenes vividas de ella antes de la parálisis. Siempre fue sociable y con frecuencia recibía invitados. A menudo se le veía horas enteras preparando bocadillos y llenando la casa de flores, que recogíamos frescas de las jar-

dineras que cultivaba en el patio lateral. Sacaba la música popular de aquella época y reacomodaba los muebles para hacer espacio y_ que los amigos se animaran a bailar. De hecho, era a mamá a quien más le gustaba el baile.

Hipnotizada, la observaba vestirse para las fiestas nocturnas. Todavía hoy recuerdo nuestro vestido favorito, una falda negra con corpino de encaje oscuro, el marco

AFRONTAR EL RETO

3

perfecto para su cabello rubio. Yo me emocioné tanto como ella el día que llevó a casa unas zapatillas de encaje negro y tacón alto. De seguro esa noche mi madre fue la mujer más hermosa del mundo.

A mi parecer, ella podía hacer cualquier cosa, ya fuera jugar tenis (ganó torneos en la universidad) o coser (confeccionaba toda nuestra ropa) o tomar fotografías (ganó un concurso nacional) o escribir (era columnista de un periódico) o cocinar (sobre todo platillos españoles, para mi padre).

Luego, aunque ya no pudo hacer nada de eso, afrontó su enfermedad con el mismo entusiasmo que había mostrado para todo lo demás.

Palabras como "minusválida" y "terapia física" llegaron a ser parte de un extraño mundo nuevo al que nos introdujimos juntas, y las pelotas de goma para jugar que luchaba por apretar asumieron una mística que nunca antes poseyeron. Gradualmente comencé a ayudar a cuidar de la madre que siempre había cuidado de mí. Aprendí a peinar mi cabello y el suyo. Con el tiempo, se nos hizo rutina llevarla en silla de ruedas a la cocina, donde me instruía en el arte de mondar zanahorias y papas, y de marinar con ajo fresco, sal y trozos de mantequilla una buena carne para asar.

Cuando oí hablar por primera vez de un bastón, me opuse: "No quiero que mi hermosa madre use bastón". Pero todo lo que dijo fue: "¿No prefieres que camine con bastón a que no lo haga?"

Cada logro era un acontecimiento para ambas: la máquina de escribir eléctrica, el auto con volante y frenos de potencia, su regreso a la universidad, donde obtuvo una maestría en educación especial.

Aprendió todo lo que pudo sobre los discapacitados y con el tiempo fundó un grupo de apoyo activista llamado Los Minusválidos. Un día, sin decir mucho de antemano, nos llevó a mis hermanos y a mí a una de sus reuniones. Nunca había visto tanta gente con tantas discapacidades. Regresé a casa, en introspección silenciosa, reflexionando sobre lo afortunados que éramos. Después de aquella ocasión nos llevó muchas veces más y, con el tiempo, con el tiempo, ver a un hombre o una mujer sin piernas o brazos ya no nos conmocionaba. También nos presentó con víctimas de parálisis cerebral, recalando que muchos de ellos eran tan brillantes como nosotros, o hasta más. Y nos enseñó a comunicarnos con los retrasados mentales, señalándonos que a menudo eran mucho más afectuosos que la gente "normal". Entretanto, mi padre siguió amándola y apoyándola.

Tenía yo once años cuando mamá me dijo que ella y papá tendrían un bebé. Tiempo después supe que sus médicos le habían insistido en que se practicara un aborto terapéutico, una opción que rechazó con vehemencia. Al poco tiempo fuimos madres, ya que me transformé en una madre sustitua para mi hermana Mary Therese. De inmediato

aprendí a cambiarle los pañales, a alimentarla y a bañarla. Aunque mamá mantenía la disciplina materna, para mí fue un paso enorme después de jugar con muñecas.

Hay un momento que hasta hoy recuerdo: el día en que Mary Therese, de dos años, se cayó y raspó la rodilla, se echó a llorar y pasó de largo ante los brazos extendidos de mamá para refugiarse en los míos. Demasiado tarde vislumbré el destello de dolor en el rostro de mamá, pero todo lo que dijo fue: "Es natural que haya corrido hacia ti, la cuidas tan bien".

Mi madre aceptó su estado con tal optimismo, que yo rara vez sentí tristeza o resentimiento. Aunque jamás olvidaré el día en que mi complacencia se desmoronó. Mucho tiempo después de que la imagen de mi madre en tacones altos había caído en el olvido, hubo una fiesta en casa. Para entonces, yo ya era adolescente, y cuando vi a mi madre sonriente sentada a un lado, mirando a sus amigos bailar, me conmovió la cruel ironía de sus limitaciones físicas. De pronto, me vi transportada a los días de mi niñez, y de nuevo se me presentó la imagen de mi radiante madre bailando.

Me pregunté si mamá también recordaría. Sin pensarlo, me dirigí hacia ella y entonces vi que aunque sonreía, sus ojos estaban anegados de lágrimas. Salí del salón corriendo hacia mi recámara, escondí la cara en mi almohada y lloré copiosamente, todas las lágrimas que ella jamás derramó. Por primera vez me enfurecí contra Dios y contra la vida y sus injusticias hacia mi madre.

El recuerdo de la sonrisa resplandeciente de mi madre no desapareció. Desde ese momento vi su habilidad para sobreponerse a la pérdida de tantos anhelos pasados y su energía para mirar hacia delante, cosas que yo daba por sentadas como un gran misterio y una poderosa inspiración.

Cuando crecí y entré al campo de los centros de rehabilitación social, mi madre se interesó en trabajar con los prisioneros. Llamó a la penitenciaría y pidió enseñar redacción creativa a los internos. Recuerdo que cuando llegaba se apiñaban a su alrededor y parecían quedar atrapados con cada una de sus palabras, como lo hacía yo de niña.

Cuando ya no pudo ir a la prisión, mantuvo correspondencia con algunos internos.

Un día me pidió que le enviara una carta a Waymon, un prisionero. Le pregunté si la podía leer antes y estuvo de acuerdo, sin darse cuenta, creo, de la revelación que sería para mí.

Decía así:

Querido Waymon,

Quiero que sepa que desde que recibí su carta he pensado mucho en usted. Menciona lo difícil que es estar tras las rejas y mi corazón lo acompaña. Pero cuando leí que yo no puedo imaginar lo que es estar en prisión, me vi impulsada a decirle que está en un error.

Hay diferentes tipos de libertad, Waymon, diferentes tipos de prisión. A veces, nosotros mismos nos imponemos nuestras prisiones.

Cuando, a los 31 años de edad, desperté un día para encontrarme totalmente paralizada, me sentí atrapada, desconcertada con la sensación de estar aprisionada en un cuerpo que ya no me permitiría correr por una pradera, bailar o sostener a mi hijo en brazos.

Por mucho tiempo me quedé ahí nada más, luchando por aceptar mi enfermedad, tratando de no sucumbir a la autocompasión. Me pregunté si en verdad valía la pena vivir bajo tales condiciones, o si no sería mejor morir.

Pensé en este concepto de prisión porque me parecía que había perdido todo lo que más cuenta en la vida. Estaba próxima a la desesperación.

Pero entonces, un día se me ocurrió que, en realidad, todavía había algunas alternativas abiertas para mí y que tenía la libertad de elegir entre ellas. ¿Sonreiría cuando volviera a ver a mis hijos o lloraría? ¿Ofendería a Dios o le pediría que fortaleciera mi fe?

En otras palabras, ¿qué haría con el libre albedrío que me dio y que todavía era mío?

Tomé la decisión de luchar en tanto tuviera vida, de vivir a plenitud, de tratar de hacer que mis experiencias aparentemente negativas fueran positivas, de buscar maneras de trascender mis restricciones físicas acrecentando mis límites mentales y espirituales. Podía elegir entre ser un modelo positivo para mis hijos o podía languidecer y morir, tanto emocional como físicamente.

Hay muchos tipos de libertad, Waymon. Cuando perdemos un tipo de libertad, simplemente debemos buscar otro.

Usted y yo tenemos la fortuna de poseer la libertad de seleccionar entre buenos libros, cuáles leer y cuáles hacer a un lado.

Usted puede ver los barrotes de su prisión o puede mirar a través de ellos. Puede ser modelo para los internos más jóvenes o se puede juntar con los buscapleitos. Puede amar a Dios y tratar de conocerlo o le puede dar la espalda.

De algún modo, Waymon, usted y yo estamos en esto juntos.

Para cuando terminé de leer la carta de Waymon, las lágrimas habían nublado mi vista. Sin embargo, por primera vez veía a mi madre con mayor claridad.

Y la comprendía.

Marie Raghianti

Reimpreso con ■permiso de Parade © 2988.

El gato más feo del mundo

~La debilidad de carácter es el único defecto que no se puede enmendar.

Francois de La Rochefoucauld

La primera vez que vi a Smoky ¡estaba en llamas! Mis tres hijos y yo llegamos al basurero en las afueras de nuestro pueblo, en el desierto de Arizona, para quemar la basura de la semana, cuando al acercarnos al hoyo que ardía en rescoldos, escuchamos los gritos desgarradores de un gato sepultado entre la basura humeante.

De pronto, una caja de cartón grande, cerrada con alambre, estalló en llamas y explotó. Con un largo y penetrante maullido, el animal ahí aprisionado salió proyectado en el aire como un cohete llameante y cayó dentro del cráter lleno de cenizas.

—¡Mamá, haz algo! —gritó la pequeña Jaymee, de tres años, al tiempo que ella y Becky, de seis, se inclinaban hacia el hoyo humeante.

—Es imposible que siga vivo —exclamó Scott, de catorce años. Pero las cenizas se movieron y un gatito, chamuscado al punto de no reconocérsele, milagrosamente luchó por salir a la superficie y se arrastró hacia nosotros en agonía.

—¡Yo lo saco! —gritó Scott. Al pararse mi hijo con las cenizas hasta las rodillas y envolver al gatito con mi

bufanda, me pregunté cómo es que no gritaba al aumentar su dolor. Después supimos que momentos antes habíamos escuchado su último maullido.

De regreso en el rancho, estábamos curando al gatito, cuando entró Bill, mi esposo, agotado de un largo día de reparar cercas.

—Papá, encontramos un gatito quemado —anunció Jaymee.

Cuando vio a nuestro paciente, esa familiar mirada de "¡oh, no, no otra vez!", cruzó su rostro. Esta no era la primera vez que lo recibíamos con un animal herido. Aunque Bill siempre gruñía, no soportaba ver sufrir a ningún ser viviente, así que ayudaba fabricando jaulas, percheros, corrales y entablillados para los zorrillos, conejos y pájaros que traíamos a casa. Sin embargo, esto era diferente. Este era un gato y a Bill definitivamente no le gustaban los gatos.

Lo que es más, este no era un gato común. Donde había habido pelaje, quedaban ámpulas y una goma negra pegajosa. No había orejas. Tenía la cola quemada hasta el hueso. Habían desaparecido las garras que habrían atrapado a algún ratón confiado. Asimismo, habían desaparecido los cojinetes de las patas que habrían dejado pisadas reveladoras en las cubiertas de nuestros autos y camiones empolvados. Nada que pareciera un gato había quedado, excepto dos enormes ojos azul cobalto suplicando que lo ayudáramos.

¿Qué podíamos hacer?

De pronto recordé nuestra sábila y sus supuestos poderes curativos para quemaduras. Así que pelamos las hojas, cubrimos al gatito con tiras viscosas de sábila y vendajes de gasa, y lo colocamos en la canasta de Pascua de Jaymee. Todo lo que podíamos ver era su carita, como una mariposa en espera de emerger de su capullo de seda.

Tenía la lengua severamente quemada y en el interior de su boca había tantas ampollas, que no podía lamer, así que con un gotero le dimos leche y agua. Después de un tiempo comenzó a comer por sí solo. Lo llamamos Smoky.

Después de tres semanas ya no quedaba sábila. Entonces cubrimos a Smoky con un ungüento que dio un curioso matiz verde a su cuerpo. Se le cayó la cola, no le quedó un solo pelo, pero los niños y yo lo adorábamos.

No así Bill. Aunque Smoky, por su parte, lo desdeñaba. ¿Por qué? Porque Bill era un fumador de pipa armado con cerillos y encendedores que lanzaban fuego y ardían. Cada vez que encendía uno, Smoky se atemorizaba, y antes de salir huyendo hacia el tubo de ventilación de la recámara desocupada le volcaba su taza de café y las lámparas.

—¿No puedo tener algo de paz en este lugar? —refunfuñaba.

Con el tiempo, Smoky se mostró más tolerante con la pipa y su dueño. Se acomodaba en el sofá y miraba a Bill echar bocanadas de humo. Un día Bill me miró y rió entre dientes:

—Maldito gato, me hace sentir culpable.

Al finalizar su primer año, la piel de Smoky parecía un guante desgastado de soldador. Scott era famoso entre sus amigos por poseer la mascota más horrible del país, tal vez del mundo.

Lenta e inexplicablemente, Bill llegó a ser el preferido de Smoky. Y no tardó mucho en que yo advirtiera un cambio en Bill. Ahora rara vez fumaba en casa, y una noche de invierno, para mi sorpresa, lo encontré sentado en su sillón con el gatito acomodado sobre su regazo. Antes de que yo hiciera algún comentario, murmuró un lacónico:

—Creo que tiene frío, sin pelaje, tú sabes.

"Pero a Smoky", me dije, "le gusta el frío. ¿No dormía frente a los tubos de ventilación y sobre el frío piso de losas mexicanas?"

Tal vez a Bill le empezaba a gustar un poco este animal de apariencia extraña.

No todos compartían nuestros sentimientos hacia Smoky, sobre todo personas que jamás lo habían visto. Los rumores llegaron a un grupo que se autodenominaba protectores de animales, y un día llegó a nuestra puerta uno de sus miembros.

—He recibido numerosas llamadas telefónicas y cartas de mucha gente —manifestó la señora—. Personas preocupadas por un pobre gatito quemado que ustedes tienen en su casa. Dicen —su voz bajó una octava— que sufre. ¿No sería mejor que terminara su martirio?

Yo me enfurecí, pero Bill, peor.

—Quemado sí está —respondió—, pero que sufra, mírelo usted misma.

— Ven acá, gatito —lo llamé. Nada de Smoky—. Tal vez esté escondido —manifesté, pero nuestra huésped no contestó. Cuando giré y la vi, la piel de la mujer era plomiza, la boca le colgaba abierta y dos dedos señalaban.

Amplificado diez veces en su desnudo esplendor, Smoky miraba colérico a la visitante desde su escondite atrás de nuestro acuario de 660 litros de agua. En lugar de la "pobre criaturita quemada que sufre" que esperaba ver la mujer, el tiranosaurio Smoky la miraba de reojo a través de una bruma verde acuática. Sus quijadas abiertas exponían colmillos como sables que centelleaban amenazadores a la luz neón. Al instante se retiró la mujer, sonriendo ahora, un poco avergonzada y bastante aliviada.

Durante el segundo año de Smoky, sucedió algo maravilloso: le comenzó a salir pelaje. Pelos blancos muy pequeños, más suaves y delicados que los de los polluelos, que poco a poco crecieron más de siete centímetros para transformar a nuestro horrible gatito en una pequeña borla de humo.

Bill siguió disfrutando de su compañía, aunque eran un par muy poco armónico, el corpulento ranchero maltratado por la intemperie viajando por todos lados con una pipa sin encender apretada entre los dientes y acompañado por la pequeña borla blanca de pelusa. Cuando descendía del camión para revisar el ganado, dejaba el aire acondicionado en el frío máximo para

comodidad del gatito, cuyos ojos azules lagrimeaban, la nariz rosa fluía, pero ahí se quedaba sentado, sin parpadear, en éxtasis. Otras veces lo sacaba, y apretándolo contra su chaqueta de dril, lo llevaba consigo.

Smoky tenía tres años el día que acompañó a Bill a buscar un becerro perdido. Bill buscó horas enteras, y cada vez que salía a investigar, dejaba la puerta del camión abierta. Los pastizales estaban secos y quebradizos, las plantas rodadoras y hierbas, marchitas. En el horizonte amenazaba una tormenta y el becerro no aparecía. Desanimado, sin pensar, Bill sacó de su bolsillo su encendedor y giró la rueda de encendido. Una chispa cayó al suelo y, en segundos, el campo estalló en llamas.

Desesperado, Bill se olvidó del gato, y sólo hasta que el fuego quedó bajo control, encontró al becerro y regresó a casa, lo recordó.

—¡Smoky! —gritó—. Debió haber saltado fuera del camión. ¿Regresaría a casa?

No. Y sabíamos que jamás encontraría su camino a casa estando a 3 kilómetros de distancia. Para empeorar las cosas, había comenzado a llover tan fuerte, que no pudimos salir a buscarlo.

Bill, desquiciado, se culpaba. Lo buscamos al día siguiente deseando que maullara para pedir ayuda, pero también sabíamos que estaba a la disposición de los depredadores. No tenía caso.

Habían pasado dos semanas y Smoky no aparecía. Temíamos que para entonces ya estuviera muerto porque había comenzado la temporada de lluvias, y los halcones, lobos y coyotes tenían familias que alimentar.

Luego llegó la peor tormenta que haya vivido nuestra región en 50 años. Por la mañana las inundaciones cubrían kilómetros enteros, dejando aislados a animales salvajes y al ganado en islotes diseminados de tierra alta. Conejos, ardillas, ratas del desierto y mapaches asustados esperaban a que las aguas descendieran. Entretanto, Bill y Scott vadeaban con el agua hasta las rodillas para regresar y poner a salvo a los becerros que gritaban a voz en cuello con sus madres.

Las niñas y yo mirábamos todo prestando mucha atención, cuando de pronto Jaymee gritó:

—¡Papá! Por ahí hay un pobre conejito. ¿Puedes alcanzarlo?

Bill vadeó hasta el lugar donde estaba el animal, pero cuando se estiró para ayudarlo, el animalito se encogió de miedo.

—No lo puedo creer —gritó Bill—. ¡Es Smoky! —se le quebró la voz—. Pequeño Smoky.

Los ojos se me inundaron de lágrimas cuando el patético gatito se arrastró hacia las manos extendidas del hombre al que había llegado a amar. Bill presionó el cuerpecillo tembloroso contra su pecho, le habló con dulzura y con delicadeza limpió el lodo de su cara. Entretanto, los ojos azules del gatito se aferraron a los de él mostrándole su comprensión. Lo había perdonado.

Smoky regresó de nuevo a casa. Nos sorprendió su paciencia mientras le lavábamos el pelaje. Le dimos de comer huevos revueltos y helado, y para nuestro regocijo, pareció recuperarse.

Pero Smoky nunca fue en verdad fuerte. Una mañana, cuando apenas tenía cuatro años, lo encontramos inmóvil en el sillón de Bill. Su corazón sencillamente dejó de latir.

Al envolver su cuerpecillo en uno de los pañuelos rojos de Bill y colocarlo en una caja de zapatos de niño, pensé en todas las cosas que nuestro precioso Smoky nos había enseñado, cosas sobre confianza, afecto y luchar contra la adversidad cuando todo indica que no hay posibilidades de ganar. Nos hizo recordar que no es el exterior lo que cuenta, sino lo que hay en el interior, muy dentro del corazón.

Penny Porter

Soldaditos

Mi intención era mudar a mi tropa a un mejor paraje, no a la línea de fuego. Yo era una madre soltera de 27 años, con cuatro hijos, y solía pensar en mí como la valiente comandante de mi prole. De hecho, nuestra vida a menudo reflejaba el aspecto austero de un campamento militar. Vivíamos los cinco apiñados en un apretado cuartel, un departamento de dos cuartos en Nueva Jersey, con mucha disciplina y bastantes carencias. No tenía los medios para obtener ninguna de las finuras y lujos que otros padres se permitían, y con excepción de mi madre, ningún otro miembro de nuestra familia participaba en la vida de mis hijos.

Eso me dejaba como comandante en jefe. Muchas noches permanecí despierta en la cama, planeando estrategias para obtener más cosas para mis hijos. Aunque nunca se quejaban de lo que les hacía falta y parecían complacerse con mi amor, yo siempre estaba alerta para mejorar su sencilla vida. Cuando encontré un departamento de cinco cuartos en una casa de tres pisos —el segundo y tercero serían totalmente nuestros— no dejé ir la oportunidad. Por fin nos podríamos extender. La casa incluso tenía un gran patio trasero.

La casera prometió tenernos todo listo en un mes. Acepté las reparaciones, le pagué en efectivo el primer mes de renta, la misma cantidad por el seguro y corrí a casa a informar a mi tropa que nos mudaríamos. Se emocionaron mucho y esa noche todos nos acomodamos en mi cama para planear lo que haríamos en nuestro nuevo hogar.

A la mañana siguiente le notifiqué a mi casero mi cambio y comencé a empacar. Llenamos algunas cajas con la precisión de una máquina bien aceiteada. Mi corazón se alegraba de ver a mi tropa en acción.

Pero luego comprendí mi error; de estrategia. No tenía las llaves de la nueva casa, y después de hacer día tras día llamadas telefónicas sin recibir respuesta, y de que búsquedas infructuosas no me facilitaron el acceso a la casa, comencé a sentir terror. Espié la casa y llamé a la compañía de servicios públicos; ahí me informaron que alguien más acababa de contratar servicios para la misma dirección. Me habían engañado.

Desesperanzada, miré los rostros de mis hijos expectantes y traté de encontrar las palabras adecuadas para darles a conocer la desagradable noticia. Aunque ellos no se alteraron, yo luché contra mis lágrimas de desilusión.

Además de sentirme derrotada, tuve que afrontar obstáculos todavía peores. El contrato del departamento en el que vivíamos quedó anulado y no podía rentar otro lugar porque había pagado mucho por la casa. Mi madre nos quería ayudar, pero en su pequeño departamento no se permitían niños. Desesperada, pedí ayuda a una amiga veterana en estas lides: una madre soltera con cinco hijos, tan luchadora como yo. Hizo todo lo que pudo por ser hospitalaria, pero nueve niños en cuatro habitaciones... Bueno, es de imaginar.

Después de tres semanas todos nos rebelamos. Teníamos que salir de ahí. No tenía más opciones, no había nuevas instrucciones. Estábamos a la fuga. Almacené nuestros muebles, guardé nuestra ropa de invierno en la parte trasera de nuestro auto amarillo e informé a mis soldaditos que por el momento ya no teníamos más lugar para acampar que nuestro auto.

Mis hijos, de seis y diez años, me miraron a los ojos y escucharon con atención.

—¿Por qué no nos podemos quedar con la abuela? —preguntó el mayor. A esa pregunta siguieron algunas otras sugerencias de personas con quienes nos podríamos quedar. En cada caso tuve que proferir la dura verdad.

-La gente tiene su propia vida, cariño. Nosotros tenemos que manejar esto solos, y lo vamos a hacer.

Pero si mi jactancia los apaciguó, a mí no me convenció. Necesitaba fuerza. ¿Dónde podía obtener ayuda?

Sabiendo que era hora de recogerlos para la noche, reuní a mi tropa y marchamos hacia el auto. Los niños estaban tranquilos y obedecieron, pero mis pensamientos estaban enfrascados en una feroz contienda ¿Por qué tenía que hacerles esto? ¿Qué más *podía* hacer?

Inesperadamente fue mi propia tropa la que me dio la fuerza que necesitaba. Al vivir en nuestro auto durante las siguientes cuatro semanas, bañándonos por las mañanas en el

departamento de mi madre y comiendo en locales de comida rápida, los niños parecieron disfrutar la extraña rutina. Jamás perdieron un día de escuela, jamás se quejaron y nunca cuestionaron mis decisiones. Estaban tan seguros de la erudición de su comandante, que hasta yo me llegué a sentir valiente. *¡Podíamos* manejar esto! Cada noche nos estacionábamos en un lugar diferente, áreas bien iluminadas cerca de edificios de apartamentos. Cuando las noches enfriaron, los niños se acurrucaron en el asiento trasero que, desdoblado, se hacía cama, para compartir el calor humano y las mantas. Yo me sentaba adelante y vigilaba dormitando, y de cuando en cuando encendía el motor para poner en marcha la calefacción.

Cuando gané suficiente para rentar algo, en ningún departamento me aceptaron con cuatro niños, así que nos instalamos en un hotel. Era como disfrutar de una licencia fantástica. Nos emocionamos y deleitamos con el calor, las camas, la seguridad. Buscábamos entre nuestros víveres qué cocinar y aprendimos a preparar sabrosas comidas en una hornilla portátil de dos quemadores. En la tina de baño enfriábamos los lácteos. (Los hoteles tienen mucho hielo).

Finalmente, muchos meses después, la casera de la casa prometida me envió una orden de pago con todo lo que se me debía, y muchas disculpas. Utilicé el dinero para rentar por fin otro departamento.

Eso fue hace trece años. Ahora comparto el mando con un esposo, y nuestros hijos habitan una maravillosa casa grande. Cada mañana, cuando inspecciono a mi tropa, ahora de mi altura, mirándome a los ojos, vuelvo a pensar en el horrible enemigo de la desesperación que combatimos y vencimos juntos. Y luego doy gracias a Dios por mis soldaditos: una pequeña cuadrilla tenaz y valiente que jamás titubeó en su temerosa marcha. Su valentía fue de la calidad de los más grandes héroes.

Rachel Berry